

Elogio de la palabra.

El libro y su representación en el Patrimonio Artístico de Ágreda

Pedro Ruiz Cacho

Ágreda ha acumulado un patrimonio artístico envidiable. Durante varios siglos su importancia como ciudad hizo que crecieran los palacios y templos, y estos fueran enriquecidos con toda clase de bienes muebles. Sobre todo retablos con que las familias adineradas ornaban las capillas. Estos retablos, muy a menudo, nos hablan desde otros tiempos para dejar entrever la relación del hombre con su entorno espiritual y, también, cotidiano.

El libro como símbolo de la ciencia y el conocimiento ha tenido una larga representación en la historia del arte desde muy distintas perspectivas. Desde los tiempos medievales en los que servía tanto como identificador de personajes, apóstoles o padres de la iglesia, o como símbolo de la palabra de Dios, inaccesible y misteriosas para los feligreses menos instruidos, que eran la inmensa mayoría.

El libro es "la ciencia y la sabiduría [...] Es, si nos elevamos un grado, el símbolo del universo.[...] Si el universo es un libro, es porque el libro es la revelación y entonces, por extensión, la manifestación".¹

Así lo entendía el hombre medieval, para el cual el libro es un objeto desconocido, apenas entrevisto en las liturgias, que encierra en sí el misterio de la palabra de Dios, que sólo es comprendida por los que entienden el latín.

Las representaciones medievales del libro son, ante todo, símbolo del Dios vigilante que rige con su palabra todo el orbe. Cristo aparece portando el Evangelio en el que se anuncia "Ego sum lux mundi". Es la representación de Dios desde su perspectiva más sobrenatural. Con su poder absoluto está dispuesto a juzgar a toda la humanidad.

Del primitivo templo sobre el que se levantó la actual iglesia de San Juan tan solo queda su portada, un canecillo suelto que representa un músico tocando una trompa, y restos de pinturas murales en su interior en los que se puede vislumbrar una escena del juicio final. El templo está dedicado a San Juan Bautista, pero no es extraño que aparezcan algunas referencias a San Juan Evangelista, como las pinturas citadas.

En el mundo del románico, como ya se ha mencionado, el libro aparece representado como símbolo de la palabra de Dios. Dios creador sostiene entre sus manos la palabra sagrada. Si el libro se muestra abierto esta palabra se comunica a los hombres, si el libro aparece cerrado la palabra

es un misterio, un secreto que debe permanecer oculto para evitar su mala interpretación y corrupción. En un mundo en el que lo escrito es una realidad lejana y abstracta, la imagen se convierte en elemento de comunicación y la expresión artística es fundamentalmente objeto de esta comunicación. El arte y la literatura tienen un objetivo catequético y didáctico. Un hombre o mujer medieval sabe interpretar los signos que muestran las pinturas y representaciones.

En la portada de San Juan encontramos dos capiteles que representan personajes que sostienen sendos libros abiertos. El desgaste de la misma impide reconocer la escena



A la izquierda, capitel de San Juan donde aparece el libro.

que representan, pero atendiendo al resto de los capiteles historiados, uno en el que se contempla el ascenso de las almas a los cielos y el otro a dos sirenas aladas, que simbolizan las tentaciones que hacen perderse al alma humana, bien podemos relacionar la presencia de esos personajes con escenas del juicio final y alguno de los dos seguramente se refiere a San Juan Evangelista, que como escritor aparecería sosteniendo el libro del apocalipsis. En la representación de San Juan Evangelista es recurrente que aparezca sosteniendo la figura de un libro, como podemos contemplar en los numerosos calvarios de la villa.

La tradición cristiana atribuye a San Juan la escritura de uno de los evangelios, de tres epístolas y del Libro del

Apocalipsis. Así nos lo representa, como escritor, el maestro del retablo de San Juan Evangelista que se conserva en la iglesia-museo de Nuestra Señora de la Peña. Verónica Carmona² hace una precisa descripción del mismo, vinculándolo a algún pintor de algunos de los talleres activos en la zona de Calatayud o Tarazona en el período comprendido entre 1435-1450/1460.

Estamos pues en la época en que la imprenta va a ser una realidad inminente, pero en la que los libros son todavía copiados a mano. Lo que les convertía en objetos inalcanzables para la inmensa mayoría.

La imagen que nos ocupa representa a San Juan en su "escritorium". Es un espacio cerrado cuyas paredes están cubiertas de una librería repleta de volúmenes. Unos abiertos como para su consulta y otros cerrados. Y en el centro una mesa poligonal, por traza deliberada o por perspectiva imperfecta, un mueble específico para la tarea, en cuyo interior se pueden guardar más volúmenes³. Un entorno en el que Juan, o cualquier escribano de la época, se retira para estudiar, meditar, redactar. El evangelista sostiene entre sus dedos un pequeño cálamo con el que hace el gesto de escribir.

El libro es una realidad cotidiana y un bien muy valioso. Son numerosos los testamentos en los que aparece la mención a los volúmenes que se dejan en herencia. Poseerlos, como ya se ha dicho, dota de prestigio a su dueño. Así se hizo retratar el caballero en la entrada a la capilla del "Cristo del buen Consejo" en la misma iglesia de La Peña. Tras su figura arrodillada y en actitud orante, vemos una rica librería en la que se exhiben ejemplares abiertos y cerrados. El mueble en sí mismo ya revela la importancia que su dueño le concede a su biblioteca. Molduras y almenillas talladas cobijan en su interior sus tesoros de papel o pergamino. Bajo su mirada un atril sostiene el libro de oraciones que está usando. Se distingue la ingenuidad de las líneas que simulan la escritura y las cintas para marcar la lectura. Quien quiera que fuese era un amante de la lectura. Tanto como para inmortalizarse con su bien más querido. Verónica Carmona menciona al licenciado Torenzo como posible retratado, ya que fue él quien promovió la construcción de la capilla en los primeros años del siglo XVI⁴.

El mundo medieval va dejando atrás su universo interpretativo. Los núcleos urbanos comienzan a ser lugares



Aparecen los muebles y los espacios dedicados exclusivamente al libro: San Juan en su escritorio. Siglo XIV Iglesia-Museo de La Peña.

más seguros y algunos comienzan a crecer. Ágreda es un buen ejemplo. Su condición de plaza fronteriza y, por lo tanto, lugar de paso hace que la villa comience a crecer ampliando su perímetro. El aumento de población incrementa el comercio y la industria. La nobleza disfruta de generosos ingresos y rentas y comienza una época fascinante durante la cual se levantan y reedifican los grandes templos de la villa y se les dota de un rico patrimonio. Los nobles, los burgueses, los gremios encargan capillas y retablos que representen su poder y aumenten su prestigio. Son retratados con sus mejores ropajes y joyas y a veces con objetos preciados y caros.

En el retablo dedicado a San Matías y San Francisco, conservado en la iglesia de San Juan, el comitente se hizo retratar, junto con su esposa, arrodillados a los pies de los santos. Él, a la izquierda de la tabla central, sostiene entre sus manos un libro abierto. Está orando. Y ante la comunidad aparece como un hombre rico y puede permitirse pagar un retablo y poseer libros. Además sabe leer y, seguramente, escribir. Lo que le convierte en miembro de una reducida élite. En otras tablas del mismo retablo más personajes aparecen leyendo: los santos a los que se dedica y en la predela, en una representación de la misa de San Gregorio, también, entre la gente, un hombre lee su libro de oraciones. Pero una imagen curiosa se puede disfrutar en la tabla que nos narra la imposición de los estigmas a San Francisco. El santo aparece de rodillas con las palmas hacia el cielo recibiendo los estigmas de Cristo. En la esquina inferior izquierda otro fraile franciscano, el hermano León, duerme mientras en su mano sostiene una bolsa que parece que guarda un libro. Un estuche donde transportar un objeto tan preciado como las Sagradas Escrituras. Al ascender a la cima del monte Alvernia, al norte de Asís, Francisco decide quedarse. Pide que le construyan una cabaña donde se aísla. Dos veces al día fray León lo visitaba para llevarle pan y agua y San Francisco le anunciaba que algo grande iba a suceder. Abrieron tres veces el misal y éste se abrió las tres veces en el mismo capítulo: la Pasión de Cristo. Es frecuente la representación de este momento en la iconografía de San Francisco con el hermano León leyendo el misal, pero resulta interesante ver que en el retablo de Ágreda el libro aparezca de esta manera. Nos habla de detalles de la vida cotidiana que los maestros pintores dejaban aquí y allá;

2. Verónica Carmona, La pintura gótica en la villa de Ágreda (siglo XV), Estudios de Arte nº 16, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2006, pág 103.

3. Alberto Manguel en "Una historia de la lectura" cita un grabado del siglo XIV que "nos presenta a un erudito escribiendo en una mesa octogonal elevada, con un atril, que le permite trabajar en uno de los ocho lados, girar luego la mesa, y seguir leyendo los libros que tiene preparados en los otros siete lados" Una historia de la lectura, Madrid, Alianza Editorial, 1998, pág 159.

4. Verónica Carmona, op.cit., pág 177.

como la mujer que aparece hilando a la puerta de la casa de Isabel, en el momento de la Visitación de María, en este mismo retablo.

Otro detalle de la vida cotidiana sobre el que se puede reflexionar, y del que el retablo nos da pistas, son los diferentes tamaños en los que se diversificaron los libros. Desde los grandes cantorales hasta los libros de horas y breviarios de tamaño más reducido. Nicolás de Maquiavelo en una carta dirigida a su amigo Francesco Vettori habla de su vida intelectual y describe los libros que suele utilizar. Cita dos tamaños de libros : los editados en octavo , popularizados por Aldo Manucio, que permitían la inclusión de textos enteros en pocos cientos de páginas de pequeño formato, y los ejemplares impresos en folio o en cuarto, que llenaban los estudios de los sabios renacentistas. Los primeros eran fáciles de llevar y vendrían a ser lo que hoy son los libros de bolsillo. Los segundos eran ejemplares con notas, comentarios, introducciones que servían para el estudio reposado⁵. El hermano León lleva consigo y con mucho cuidado uno de esos libros pequeños. Los orantes pueden disfrutar de la lectura en cualquier lugar con sus pequeños libros de oraciones.

Pero ¿Qué leían? Es evidente que gran parte de la vida se consumía en oficios religiosos, por lo cual uno de los libros más populares fuese el libro de las horas, representado en las escenas de la Anunciación. "Escrito a mano o impreso en pequeño formato y, en muchos casos, exquisitamente ilustrado por maestros de este arte, el libro de horas contenía una colección de breves oficios conocida como el "Oficio Parvo de la Bendita Virgen María"⁶. Aunque pueda sorprendernos la lectura acabó llegando también a las clases populares. No sólo los burgueses y los aristócratas leían y poseían libros. Roger Chatier⁷ nos cuenta que labradores, artesanos y mercaderes de la diócesis de Cuenca entre 1560 y 1610 declaran leer libros de devoción, vidas de santos y novelas de caballería. Lo mismo que lectores más acomodados. Por lo que podemos deducir que la lectura había dejado de ser privilegio de



El hermano León durmiendo con un libro en su funda. Imposición de los estigmas a San Francisco de Asís (detalle). Retablo de San Matías y San Francisco de Asís. Iglesia de San Juan Bautista.

clases acomodadas, para convertirse en un hábito popular.

El libro también dota de autoridad intelectual y moral a quien lo posee. Así lo vemos en los numerosos lienzos que retratan a los apóstoles o a los padres de la Iglesia. En el templo de Los Milagros podemos disfrutar de una representación excepcional. En el lado izquierdo de la epístola, sobre nuestra mirada, se exhibe una tabla que representa los desposorios de María Y José. El cuadro es de influencia italiana y recuerda en sus imágenes a los pintores manieristas de la época. Las trazas de la Virgen guardan, por otra parte, cierta similitud con la pintura de Antonio

Morales "El Divino". La escena transcurre en el interior del templo en el que el sacerdote sostiene las manos de los desposados. Reconocemos a San José por la vara que ha florecido. En la escena aparecen multitud de personajes: un joven que mira al espectador, dos esclavos negros, y un hombre barbado a la izquierda que hace una forzada postura para no quedar fuera de la imagen. Entre todos destaca el caballero que lee, absorto de lo que sucede a su alrededor, y porta unos lentes. Es un retrato muy naturalista; bien pudiera ser quien encargó la pintura.

Desde su invención en Italia a principios del XIV, los lentes facilitaron extraordinariamente la lectura. Con rapidez se extendió el invento, a pesar de su elevado precio. La primera representación de unas gafas en una pintura data de 1352: un retrato del Cardenal Hugo de Saint Cher, en



Lector con lentes. Desposorios de María y José. Siglo XVI. Parroquia de Los Milagros.

Provenza, pintado por Tomasso de Módena. El cuadro muestra al cardenal copiando un libro abierto. Las gafas consisten en dos cristales redondos sostenidos por una gruesa montura, similares a los de nuestro cuadro. A partir de entonces aparecen las gafas para resaltar la personalidad estudiosa y prudente de un personaje⁸. Y así lo parece en nuestro cuadro, el canoso y cuidado cabello del caballero, como el sacerdote que ocupa el centro de la composición, su mirada concentrada en la lectura, le hacen parecer un estudioso que está comprobando la veracidad de todo lo que pasa a su alrededor.

5. Anthony Grafton, "El lector humanista" en Historia de la lectura en el mundo occidental. Madrid, Taurus, 2001.

6. Alberto Manguel, op.cit., pág 157.

7. Roger Chatier. "Lecturas y lectores populares desde el Renacimiento hasta la época clásica" en Historia de la lectura en el mundo occidental, pp. 471-493.

8. Alberto Manguel , op.cit., pp 328,329.

El arte, no haría falta decirlo, es pues una fuente inagotable para estudiar, entre otras muchas materias, la vida cotidiana de otros tiempos. Hábitos, costumbres, objetos humildes o ricos. Escenas que nos narran historias íntimas; detalles a veces insignificantes que revelan usos y hábitos cotidianos. Uno de ellos es el papel del libro en la vida de la mujer. Hasta ahora solo hemos descrito a hombres como lectores o escritores. Sin embargo, a pesar de la extendida idea del analfabetismo femenino, tenemos constancia de que había muchas mujeres lectoras sobre todo entre la nobleza y la burguesía, sin descartar que mujeres de clases sociales inferiores, aunque pocas, supieran leer e incluso escribir, acciones que no siempre iban parejas. En general las representaciones iconográficas de mujeres lectoras se pueden resumir en cuatro modelos. Las Anunciaciones, las santas, y en especial Santa Catalina de Siena y María Magdalena, el arte funerario, donde uno de los elementos tradicionales de las tumbas es la mujer sosteniendo un libro, y en cuarto lugar la enseñanza de la lectura por parte de Santa Ana a la Virgen niña.

Asunción Bernárdez analiza con detalle diversas imágenes que retratan a la mujer en el momento de leer. Como podemos observar sin salir de nuestro ámbito local, son numerosos los testimonios iconográficos de mujeres lectoras. Lo que nos lleva a sospechar que las prácticas lectoras de la mujer fueron mucho más numerosas de lo que se sospecha a través de los cómputos de las bibliotecas o los testimonios de los escritores. Cervantes en su Quijote presenta continuamente mujeres que saben leer y escribir (Dorotea, Zoraida, Marcela, La Duquesa...) y mujeres que leen sobre todo literatura de ficción⁹.

Sin salir de Agreda no podemos dejar de mencionar a dos mujeres excepcionales cuya vida estuvo vinculada a la pasión por el conocimiento y la lectura. Una de ellas es por supuesto Sor María de Jesús, que nos narra ella misma su acercamiento a los libros y que será una de las grandes escritoras de nuestra literatura. Mujer curiosa, inteligente y humilde describe el libro: "famoso amigo, que desengaña sin miedo a enojar, ni contemplar los naturales y dice a los poderosos, a los humildes, a los sabios e ignorantes lo que les importa, sin rodeos". Palabras que en boca de una mujer del siglo XVII es una revolucionaria y provocadora declaración de intenciones. La otra es Doña Margarita de Fuenmayor, duquesa de Falces, que promovió



María Magdalena leyendo (detalle). Ayuntamiento de Agreda.

la creación de las cátedras de Gramática, Filosofía y Teología moral en el convento agustino que hoy es la iglesia de los Milagros y el recinto de "El Fuerte".

Hay en Agreda numerosos testimonios en las que son mujeres las que aparecen con libros entre sus manos. Por supuesto las escenas de la Anunciación son el tema más recurrente. En la predela de Miguel Ximénez en la iglesia-museo de Santa María de la Peña la escena está dibujada de manera esencial. El espacio queda reducido a una abstracción: las baldosas del suelo y una humilde silla de enea trenzada marcan el espacio interior. María interrumpe su lectura al recibir el anuncio del ángel. También en la capilla del Carmen, en la iglesia de los Milagros, una de las escenas es la anunciación. La composición aquí resulta mucho más rica, dado el carácter monumental de este espacio. María levanta la vista hacia el cielo mientras recibe el anuncio. Arrodillada ante un reclinatorio que sostiene su libro. Es un mueble mucho más complejo y rico, fabricado específicamente para su función. En el retablo mayor del mismo templo, la misma escena pero un tanto más tardía aparece narrada con nuevos matices. María recibe el anuncio mientras sostiene un libro. A sus pies una canasta con labores de costura. Ha habido un sutil cambio en la iconografía de la escena que se irá extendiendo. A partir de la contrarreforma como miedo o rechazo a la mujer lectora se transforma la imagen de María. "Poner un libro en las manos de María puede entenderse como una imagen de una época en las que las mujeres comenzaron a tener acceso a la tradición escrita, proceso que culmina con la desaparición del motivo en la figura de las Inmaculadas del XVII, formando parte de

una mecanismo de "feminización" que se desarrolla a partir del Concilio de Trento y que trata de desposeer a las mujeres de su propia corporalidad y también de la cultura escrita"¹⁰. Es la redefinición de un modelo femenino nuevo que pretende hacer una mujer etérea, desmaterializada, aislada que prepara el camino de sometimiento del hogar. Pero la aparición del tejido puede guardar también una interpretación histórica: María teje los mantos de los sacerdotes del templo. Juan Eduardo Cirlot vincula el simbolismo del libro con el del tejido, reseñando las ideas de René Guenon quien vincula texto y tejido a la misma palabra latina¹¹

Otra representación de la Anunciación es la que se guarda en el edificio del ayuntamiento. Procedente de la prisión del palacio

9. Asunción Bernárdez "Pintando la lectura. Mujeres, libros y representación en el siglo de Oro", Edad de Oro núm XXVI, Madrid, UNAM, 2007, p. 69.

10. Asunción Bernárdez, op cit., p. 78

11. Juan Eduardo Cirlot, Diccionario de Símbolos, Madrid, Siruela 2007, pág 284.

de los Castejón, esta obra del siglo XVI, en forma de tríptico, nos muestra a María sorprendida en su lectura en una habitación ricamente decorada con una cortina descansando sobre un banco. Son los aposentos de una labradora acomodada o de una pequeña burguesa. En la tabla de la izquierda la filacteria que sostiene Gabriel lleva escrito el anuncio a María.

Una de las figuras que más llaman la atención en los Evangelios es la de María Magdalena, la discípula de Cristo. Las imágenes que la representan son muchas y muy variadas. A veces como penitente, arrepentida de sus pecados, otras como orante, concentrada en la lectura como modelo de vida contemplativa. Reconocemos su imagen, sobre todo, por el tarro de ungüento que la acompaña y que recuerda el episodio del Evangelio en el que ella enjuaga los pies de Cristo



San Francisco de Borja adorando al Eucaristía. Siglo XVII. Parroquia de los Milagros.

con perfume.

El primer ejemplo que podemos analizar es la tabla del retablo de San Vicente, que se encuentra en la iglesia de Los Milagros, en la que María Magdalena aparece retratada como una rica dama que descansa en sus aposentos. Pálida, de rubio cabello, agarrado con una cinta viste un vestido de terciopelo verde engalanado en cuello, cintura y puños. No es una campesina, ni una ermitaña. Está en su habitación, el lugar ideal para la lectura y la meditación, sentada sobre un banco decorado con un lujoso tapiz, sostiene entre sus manos un libro que muestra algunas de sus páginas entreabiertas. El detallismo de la imagen hace pensar en las mujeres de clase dominante que disfrutaban del tiempo libre con sus lecturas favoritas. La dama reposa en su habitación, alejada del ruido doméstico. A través de las ventanas, aunque resulten imágenes convencionales y tipificadas, un paisaje de placidez bucólica. Es un tipo de composición que se hizo muy popular como muestra el retrato de Santa Catalina de Alejandría de

Fernando Bermejo.

¿Y Qué está leyendo la Magdalena que reposa en el fresco paisaje del cuadro que podemos disfrutar en la escalera del palacio municipal? Es un entorno idealizado, el "locus amoenus" que tanto cantara Virgilio en sus églogas. Tal vez hojea los poemas de Garcilaso, o lee emocionada "Los siete libros de la Diana" o un libro de caballerías. El volumen que sostiene delicadamente entre las manos parece una edición ilustrada. Es un libro para el disfrute, como insinúa su sonrisa. Es una imagen que nos aleja de la imagen de Magdalena penitente. Es el retrato de una mujer hermosa y joven que se deleita en la lectura. Una imagen que en clave profana nos acerca más al ideal iconográfico de belleza de Venus, tan propagado en el Renacimiento, que al de la mujer piadosa, arrepentida y doliente que nos retrata el Evangelio.¹²

La figura de la Virgen como lectora viene acompañada con frecuencia con la imagen de Santa Ana, su madre, siempre representada con un libro. En Ágreda pueden verse varias imágenes. Dos de ellas se encuentran en la iglesia de San Miguel, en la capilla dedicada a dicha santa. En sendos retablos, uno del primer cuarto del siglo XVI y otro del siglo XVIII. La imagen de la santa de este último fue traída de Madrid en 1762 y es obra del maestro Inza¹³.

Santa Ana está vinculada a la educación de María niña enseñándole a leer, un episodio que nos narran los evangelios apócrifos. El tema nos traslada a una realidad cotidiana de la época "mujeres adultas que enseñaban a las niñas una serie de tareas domésticas y una preparación para ser futuras esposas, en las que se incluía un cierto adiestramiento en la lectura, ya que conforme va emergiendo la clase burguesa en Europa, la alfabetización va dejando de ser una especie de adorno nobiliario más o menos deseable para las hijas, para convertirse en una necesidad y parte del adiestramiento de una esposa que colaborará con el marido, y en muchos casos con el padre, como hace Dorotea en *El Quijote*, en la administración del negocio familiar"¹⁴. Esta costumbre no sería, pues, un hecho extraño. La misma María Coronel siendo niña recibió una educación lectora y espiritual en el entorno doméstico, no tan solo por parte de sus padres, sino también por un preceptor, lo que nos hace pensar que no sería infrecuente en la época que alguna otra familia educara a sus hijos en la medida de lo posible.

EL LIBRO COMO EMBLEMA

Quisiera cerrar este artículo mencionando un lienzo en el que el libro adquiere un significado no visto hasta ahora. Se trata del cuadro que representa a San Francisco de Borja en oración. Es una obra Barroca y su lenguaje formal y compositivo es diferente. Una poderosa línea diagonal parte el cuadro. Hacia la esquina superior derecha San Francisco reza extasiado. En la esquina inferior izquierda una composición en forma de Vanitas revela un mensaje alegórico: Una corona real, una

12. María Magdalena aparece a menudo representada como penitente junto a una calavera y el tarro de ungüento. Juan Carmona Muela. Iconografía Cristiana, Madrid, Istmo, 1998, pág 79.

13. Manuel Peña, Historia y arte de Ágreda, Burgos, 2004, pp 200

14. Asunción Bernárdez, op.cit.,p.76.

capa y sombrero cardenalicio, una armadura con la cruz de Santiago. Símbolos del poder absoluto: el real, el eclesiástico y el militar. Poderes que pudo haber disfrutado Francisco pero que rechazó al ser llamado a la orden jesuita. Entre los objetos abandonados un ángel parece haber rescatado un libro. Mira al santo. Tal vez de las glorias mundanas lo único que puede salvarse es el conocimiento que encierra la palabra escrita. Las "vanitas" fueron muy populares en el Barroco. Expresan fielmente el imaginario del hombre del siglo XVII: el sentimiento de crisis, la incertidumbre, la futilidad del mundo y sus engaños, lo efímero de la vida quedan reflejadas en estas representaciones de objetos de claro sentido moralizador. En las "vanitas" los objetos son todos símbolos de la fragilidad y la brevedad de la vida, de que el tiempo pasa, de la muerte. Es un cuadro que invita a reflexionar sobre el verdadero valor de la existencia a través de la mirada extasiada de Francisco que ha rechazado la gloria del mundo, dando la espalda a su teatro.

No podría cerrar este artículo sin mencionar los numerosos retratos que se ejecutaron de Sor María de Jesús, lectora y escritora, que difunden la imagen de esta mujer singular, inteligente, atrevida y de una inteligencia preclar¹⁵. Una mujer que puso la palabra como instrumento de comunicación entre Dios, y su madre, con los hombres; incluso, con un rey.

Libros para el disfrute, libros para la oración, libros para el conocimiento. La palabra encerrada, pero no prisionera. Fuera de este artículo quedan muchas otras obras de arte de nuestro patrimonio que podrían comentarse con más detalles. El propósito de estas líneas ha sido, modestamente, reivindicar la riqueza excepcional del patrimonio de nuestra villa, tan injustamente tratado y desconocido por nosotros mismos. Una riqueza frecuentemente menospreciada que es fuente de prosperidad muy a menudo infravalorada.

15. La devoción la Venerable creó todo un programa iconográfico en el que el libro ocupa un lugar destacado. Este tema ha sido ampliamente estudiado por Ricardo Fernández García en su imprescindible obra *Iconografía de Sor María de Ágreda*. Soria, Caja Duero, 2003.

BIBLIOGRAFÍA

BERNÁRDEZ, Asunción, "Pintando la lectura. Mujeres, libros y representación en el siglo de Oro", *Edad de Oro* XXVI, Madrid, UNAM, 2007.

CARMONA JIMÉNEZ, Verónica, *La pintura gótica en la villa de Ágreda (siglo XV)*, *Estudios de Arte* n° 16, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2006.

CARMONA MUELA, Juan, *Iconografía Cristiana*, Madrid, Istmo, 1998.

CAVALO, Guglielmo y CHATIER, Roger, *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid, Taurus.

CHEVALIER, Jean y GHEERBRANT, Alain, *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Herder, 1995.

CIRLOT, Juan Eduardo, *Diccionario de símbolos*, Madrid, Siruela, 2007.

MANGUEL, Alberto. *Una historia de la lectura*, Madrid, Alianza editorial, 1998.

PEÑA, Manuel, *Historia y arte de Ágreda*, Burgos, 2004.

